

ruido habia salido, le parecia oír pasos, y que alguien se acercaba, y que llamaban á la puerta: Paulita, á pesar de la gran resolución de que habia hecho gala con Julia, estaba enamorada y no podia dominarse.

Por fin, llegó su marido.

—¿Aun no te has acostado, Paulita?—le preguntó.

—¿Qué sucedió?—preguntó la jóven sin contestar á la pregunta del Jején.

—Nada; que Don Enrique no fué, y que me he pasado la noche como un gallo.

—¿Por qué faltaria?

—No lo sé; quién sabe qué le sucederia.

—¿Y ahora qué sucede?

—Pues que yo no sé dónde él está para verlo, y espero esta noche que él venga á buscarme á mí: entretanto, voy á dormir un poco, y creo que harás lo mismo tú, ¿no es verdad?

—No tengo sueño, y además voy á visitar á Julia.....

—¡Mucho cariño le has cobrado!

—Es tan buena y tan desgraciada!

—Anda, pues.

El Jején se acostó, y á poco roncaba como un bienaventurado. Paulita se vistió con mas cuidado que de costumbre para salir á la calle; Don Enrique no se apartaba de su imaginacion, y le parecia que iba á encontrarle en la calle, ó que iba á ser vista por él, y por esto ponía tanto cuidado en sus ropas y en su tocado.

Paulita estaba encantadora, y con la conciencia de que iba muy hermosa, salió á la calle y se dirigió á la casa de Julia.

Apenas serian las ocho de la mañana, pero todo el mundo estaba ya en pié en aquella casa. Julia no habia salido

VIII.

La alegría de Don Justo.

EL Jején llegó á las doce de la noche frente á Catedral, como se lo habia prevenido Don Enrique, y se puso á esperar; pero Don Enrique no volvió á pensar ya en él.

La hora pasaba, el frio de la mañana hacia tiritar al Jején, que permanecía firme en su puesto, hasta que los rayos del sol comenzaron á dorar las torres de la ciudad.

—Ya no viene Don Enrique—dijo para sí el Jején;—vamos á descansar, que si él me necesita sabrá buscarme.—Y se dirigió á su casa.

Paulita le esperaba con impaciencia; la noticia de que Don Enrique estaba en México traía tan turbado su corazón, que no le era posible no solo dormir, pero ni aun recostarse.

Como la jóven sabia que Don Enrique habia citado al Jején para las doce de la noche, esperaba ella saber lo que pensaba hacer el jóven, y á cada instante desde que su ma-

de su habitacion, y la señora Magdalena habia enviado temprano una esquila á Don Justo.

Casi al mismo tiempo se presentaron en la casa Paulita y Don Justo, preguntando el uno por la señora Magdalena, y la otra por la señorita Julia.

Paulita fué conducida hasta la estancia que ocupaba su amiga, llamó discretamente á la puerta y penetró.

Julia estaba muy pálida, y sus ojos, rodeados de un círculo azulado, indicaban que habia pasado una noche terrible. Al ver á Paulita se levantó y se dirigió á su encuentro.

—Buenos dias, Julia; ¿cómo os sentís? ya veis que llevo quizá demasiado temprano á visitaros; pero estaba yo tan inquieta.....

—Paulita, me dais con esto un verdadero placer; soy tan desgraciada, y no tengo mas amiga que vos.....

—¿Y cómo seguís? ¿qué ha dicho vuestra madre? ¿qué habeis pensado?

—Paulita, vuestras reflexiones, vuestros consejos, alguna tristeza mal disimulada que noté en el semblante de mi madre, su inquietud, el recuerdo de cuanto me habia pasado, y el temor de la vida que me esperaba, me han hecho tomar una resolucion dolorosa, pero firme.

—¿Y cuál es esa resolucion?

—Estoy decidida á casarme con el esposo que me ofreció mi madre.....

—¡Oh! ¡bendito sea Dios! ¡bendito sea Dios! esto es lo que se llama obrar con prudencia..... ya vereis, ya os acordareis de mí.

—Sí, estoy resuelta; así se lo he dicho á mi misma madre, y no he puesto mas que una condicion.....

—¿Qué condicion?

—Que ese matrimonio se haga inmediatamente.

—¡Dios mio! pues teneis mas resolucion que la que yo os suponía.....

—¿Qué podia yo esperar? ¿para qué habia de pasar dias de vacilacion? ¿por qué detener ese momento, que si es para mí un gran sacrificio, es la tranquilidad para mi pobre madre? Yo no puedo ya ser feliz; que lo sea ella: yo soy un obstáculo para su dicha; yo quitaré ese obstáculo casándome con el hombre que me pretende.....

—¿Y quién es ese hombre? lo sabeis ya?

—Sí; es el hermano de la condesa de Torre-Leal, ese Don Justo que me fué á buscar á vuestra casa.

Paulita hizo un gesto de disgusto.

—¿Sabeis algo malo de él?—preguntó Julia.

—No; no le quiero yo porque era enemigo de Don Enrique.

—¡Ah! ¿del hombre á quien amábais?

—A quien amo, Julia, á quien amo, y que por desgracia mia ha llegado á México.

—¿Cuándo?

—No lo sé; pero al salir vos anoche, mi marido me dijo que le habia hablado.

—¿Y estais impresionada?

—Julia, no podeis comprender lo que pasa ahora en mi corazon; estoy alegre, y una tristeza profunda me asalta repentinamente; deseo verle, y temo el encontrarle; siento remordimientos por ese amor, con el que me parece que le faltó á mi esposo, y al mismo tiempo me arrepiento de haberle amado; estoy orgullosa porque no sucumbí á su amor, y maldigo mi debilidad que me hizo detenerme antes de ser suya; porque ese hombre, Julia, tan noble, tan generoso, tan valiente, merece que una mujer se sacrifique por él; por-

que ese hombre merece que una mujer esté mas orgullosa de ser su dama que si fuera la esposa de un monarca.

—¿Tanto le amais?

—¡Ah, Julia! siento que me vuelvo loca! en toda la noche no he podido dormir, y he venido á veros tan temprano para quejarme con vos, para llorar con vos, para que tengais lástima de mí..... ¡Oh! ¿para qué ha venido á México ese hombre?

—¿Y se ha casado ya?—preguntó Julia.

—¿Casado?—repitió Paulita alzando la cabeza con un aire de espanto y al mismo tiempo de furor.—¡Oh! esa prueba sí no la resistiria yo, porque no comprendo que pudiera amar á otra mujer!.....

—Pero vos sois casada sin embargo.....

—Lo soy, y no quisiera yo que él lo fuera..... ¿Pero qué derecho tengo yo para esperar exigir nada de él?

Y Paulita se puso á llorar amargamente.

—Calmaos, calmaos—le decia Julia acariciándola;—¿en dónde está esa indomable resolucion de que me hablábais anoche?

—Yo la tenia, la tenia, Julia; pero al saber que estaba aquí, la he perdido: ¡pobre de mí! ¡pobre de mí!

—Y bien, Paulita, si el hombre que yo amo apareciese de repente ante mis ojos, ¿qué seria de mí?

—Julia, eso es imposible; ese hombre no puede pisar la América sino en son de guerra.

—Pero es que el vuestro se ha aparecido.

—Julia, no suceden siempre las cosas lo mismo; Don Enrique ha vuelto á México porque nació aquí, porque no ha cometido ningun crimen contra el rey, al paso que el vuestro no podria pasar ni de Veracruz.

Llamaron en este momento á la puerta.

—¿Quién va?—dijo Julia.

—Señorita—contestó desde afuera una esclava—el ama quiere que su merced vaya á verla.

—Díla que voy—dijo Julia; y luego dirigiéndose á Paulita agregó:—seguramente mi madre va á comunicarme la resolucion de Don Justo: no os vayais, esperadme; necesito que me animeis.

—Julia, no perdais vuestra resolucion.

—Nada temais, estoy firme y serena; ¿no me veis?

Julia se levantó y salió majestuosamente de la estancia, dejando admirada á Paulita con su energía.

En tanto que las dos jóvenes habian tenido la conversacion anterior, habia pasado en el gabinete de la señora Magdalena una escena importante.

Don Justo llegó á la casa, como hemos visto, en los mismos momentos que Paulita, y se dirigió al aposento de la señora Magdalena. Se hizo anunciar y fué recibido sin obstáculo.

—Señora—dijo Don Justo—he recibido una esquila vuestra llamándome, y me he apresurado á venir para ofrecerme á vuestras órdenes.

—Don Justo, os lo agradezco; ¿sabeis ya lo acontecido con mi hija?

—Sí, señora, y os aseguro que me ha causado profundo disgusto, no solo por haber sido yo la causa involuntaria de todo, sino por las penas que ha sufrido Julia, á quien amo y respeto con todo mi corazon.....

—Gracias.

—Yo tuve la fortuna de saber á tiempo lo ocurrido, y de saber tambien el lugar en que ella se habia refugiado, para ir á ofrecerle mis débiles servicios.

—No sabia yo.....

—Nada he querido deciros hasta que estuviérais mas calmada, para pedir os el perdon de Julia y hacerla volver á vuestro lado.

—Gracias; pero ya Julia está aquí.

—¡Oh! cuánto me alegro!

—Está aquí, y consiente en ser esposa vuestra si vos estais resuelto á llevar adelante vuestras pretensiones.

Don Justo se levantó de su asiento como un niño á quien le ofrecen un juguete; estaba pálido de alegría.

—¡Dios mio! ¡qué gusto!—exclamó—¡qué placer! ¿cómo no, señora? Me haceis feliz! me haceis feliz! Julia mi esposa! mi esposa! ¡Oh! ¿y cuándo? ¿cuándo tendrá lugar esa boda?

—Es la única condicion que Julia os pone.

—¿Que se retarde?

—No; que se haga inmediatamente.

—Pues esa condicion me hace feliz, feliz.

—¿Admitireis?

—¿Quién lo duda? hoy mismo, mañana mismo, cuando quiera ella.

—Le preguntaremos.

—Sí, esta semana es para mí la semana de la alegría; ¡si supiérais!

—¿Qué?

—Que dentro de tres dias se cumple el plazo señalado por el conde de Torre-Leal para esperar la vuelta de su hijo mayor, á quien todos creen muerto; si ese dia no se presenta, como no se presentará, porque yo sé que está gozando de Dios, mi sobrino, el hijo de mi hermana, el hijo del segundo matrimonio del conde, entrará al goce de la herencia, y ya podeis comprender cuánta será por eso mi alegría; es hijo de mi hermana, y además yo soy su tutor.

—Entonces, para ese dia, si quereis, fijaremos el matrimonio.

—Si Julia quiere, si está contenta con eso, dentro de tres dias nos uniremos para siempre. ¡Oh! qué contento estoy! Y Don Justo se frotaba con alegría las manos.

—¿Quereis que llame á Julia?—preguntó la señora Magdalena.

—Si os parece bien.....

—María—gritó la señora Magdalena.

—Señora—dijo una esclava.

—¿Está levantada la señorita Julia?

—Sí, mi ama.

—Dile que venga un momento.

La esclava salió á llevar el recado á Julia, y Don Justo, que no podia moderar su alegría, comenzó á pasearse apresuradamente delante de la señora Magdalena.

A decir verdad, la señora Magdalena estaba tan alegre como él de aquella boda; era una tentacion menos para Pedro Juan, y una garantía mas para la tranquilidad de su matrimonio.

IX.

Firmeza y energía.

JULIA se presentó delante de la señora Magdalena y de Don Justo que la esperaban, pálida, pero serena; su voz no temblaba, aunque sus ojos daban muestras de llanto.

—¿Me habeis enviado á llamar, madre mia?—preguntó la jóven.

—Sí, hija mia; siéntate y escúchame.

Julia obedeció sin replicar.

—Ayer—continuó la señora Magdalena—me has manifestado tu voluntad de recibir como esposo al señor Don Justo, que está presente, y que habia pedido tu mano.

—Es cierto, madre mia.

—Bien; y recuerdo igualmente que la única condicion que pusiste, fué la de que este matrimonio se verificara cuanto antes.

—Es verdad.

—¿Y estás dispuesta aún á llevar á efecto este enlace?

—Lo estoy.

—Es que el señor desea que se verifique dentro de tres dias.....

—El puede disponerlo para el dia en que le parezca mas conveniente.

—Entonces, hija mia, creo que debes hablar con él á solas un momento.

—No hay necesidad—dijo la jóven.

—No la habrá, pero lo creo prudente, y os dejo en libertad: puesto que vais á casaros, no os faltará algo que hablar.

Y sin esperar contestacion, la señora Magdalena salió, dejando solos á Don Justo y á Julia.

La posicion de Don Justo no podia ser mas embarazosa para un hombre de tan poco trato de sociedad; sabia ya que aquella jóven iba á ser su mujer, y sin embargo, no se atrevia ni á dirigirle la palabra: Don Justo creia aquello como un inmenso triunfo, como la realidad de una ilusion que no se atrevia á tocar por temor de verla deshecha.

Julia, por su parte, como nada tenia que decir á aquel hombre, callaba y no le dirigia ni una mirada.

Por fin, él haciendo un esfuerzo inaudito, se atrevió á romper el silencio; pero como todos los tontos, fué tan torpe en el modo de principiar su conversacion, que mas le valiera haberse callado.

—Conque es decir, Julia, que deseais casaros conmigo—dijo.

—No he dicho tanto—contestó la jóven;—estoy resignada á llamaros mi marido.

—Entonces—dijo él con cierta especie de fatuidad—vos me amais.

—Don Justo, creo que no todavía.

—Entonces, ¿cómo os vais á casar conmigo? porque si os vais á casar conmigo es porque me amais; eso no lo podeis negar.

—Caballero, ya que promoveis esta conversacion que yo hubiera deseado evitar, voy á hablaros francamente, voy á deciros lo que pasa en mi corazon, voy á explicaros con verdad mi conducta; si aun así insistís en casaros conmigo, yo no tendré inconveniente ninguno.

—Hablad, Julia, con entera libertad.

—Ante todo debo advertiros, señor, que no os amo.....

—Dolorosa advertencia para mí.

—Pero necesaria: no os amo, ¿lo oís? no os amo; esto no quiere decir que os aborrezca, que seais antipático para mí, que me causeis repugnancia.....

—Entonces.....

—Entonces, me sois completamente indiferente.

—¡Jesus!

—No os admireis; yo tal vez en lo sucesivo con el trascurso del tiempo, con vuestra conducta noble, con vuestro trato amable, con vuestro cariño y vuestras consideraciones, quizá os llegue á querer como á un buen marido; pero ahora no os miro como á mi novio.

—¡Julia!

—¡La verdad! y yo quiero que la escuchéis entera de mi boca, porque jamás he engañado á nadie.

—Pero si vos no me amais, mi tranquilidad está perdida.

—Eso no, Don Justo; una dama soy que sabe lo que debe á su nombre, á su honra, y sobre todo, á su religion. Podeis, señor, descansar tranquilo; vuestro honor está en mis manos tan seguro como en una caja de oro, y si llegara el caso de que siendo vuestra esposa sintiera nacer un amor extraño en mi corazon, antes que dejarlo siquiera adivinar, me ahogaria yo con mis propias manos.

—Julia, esos sentimientos son dignos de una dama como vos; así os amo, así estoy conforme, ¿qué digo conforme? así estoy contento de ser vuestro esposo.

—Aun hay mas, señor; con la franqueza que os he dicho que no os amo y que hallareis en mí la fidelidad mas pura, os advierto que yo aborrezco esas tiranas costumbres de los países españoles, por las que el marido y la mujer se constituyen á su vez espías del que debe ser su amigo y no su prisionero, y jamás me resignaré á tener por esposo á un hombre que, receloso é imprudente, quiera por sí cuidar una honra que ha guardado en el corazon de una mujer digna: ¿lo entendéis?

—Estais en la razon, Julia.

—Bien, Don Justo; ahora decidme, ¿insistís en ser mi marido, sin olvidar nada de esto?

—Mas que nunca.

—Entonces, disponed el dia en que debe verificarse esa boda; pero os suplico que hasta ese dia nada me digais, ni me consulteis, ni aun tengais la pretension de hablarme: voy á dar un paso muy importante en mi vida, y quiero estar sola, libre, encerrarme, llorar, rezar, y si el dolor de mis desgracias no me hace morir ó me vuelve loca, el dia de la ceremonia estaré á vuestro lado para daros la mano de esposa.

—Pero, Julia, ¿qué penas os atormentan?

—Esos son los secretos de mi corazon: ¿he preguntado yo acaso los vuestros? ¿he tratado de saber vuestros antecedentes ó vuestra vida? Aprended á respetarme como yo os respeto á vos.

Don Justo quedó como abrumado con aquella salida.

—Adios, Don Justo—continuó la jóven—hasta el dia de nuestra boda.

—Adios, Julia—contestó Don Justo.

La jóven salió y Don Justo quedó por un momento pensativo; de repente, como volviendo en sí, exclamó:

—¡Mejor! todas estas cosas me hacen quererla mas y mas; esta es una mujer que no es como todas las mujeres: me conviene y me agrada; muy pronto será mia.

Y saliendo tambien de la pieza, se dirigió en busca de la señora Magdalena.

—¿Qué tal?—le dijo esta.

—Perfectamente—contestó Don Justo;—Julia es la mujer que me conviene, porque á mi edad, ya no estamos los hombres para aventuras de romances, ni para historias de libros de caballerías.

Paulita esperaba con ansia la vuelta de Julia, pero sin dejar de pensar por esto en Don Enrique.

La pobre muchacha estaba en su hora de padecimiento.

Julia entró de improviso y se arrojó en sus brazos.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Paulita con interés.

—¡Está consumado mi sacrificio! ¡soy la esposa de ese hombre!

—¿Le aborreceis?

—No; pero no le amo.

—¡Cuánto os compadezco! pero al fin vivireis, si no feliz, al menos tranquila, y sobre todo, habreis hecho feliz á vuestra madre.

—Mi conciencia está tranquila á costa de mi corazon, Paulita; no hablemos ya de eso, mi resolucion está tomada ya.

—Haceis muy bien, Julia: ¿y para cuándo se ha fijado el dia de la boda?

—Para dentro de tres dias, segun pude entender; ese dia se vence un plazo que le interesa á Don Justo, ¡Dios sabe! Yo le he dicho que no le amo, y le he prevenido que hasta el mismo dia de la boda no me vea ni me hable; quiero estar sola estos tres dias: y decidme, ¿estais ya mas calmada?.....

—¡Ojalá! esta idea no me abandona: ¿qué haré?

—Tened resolucion y energía, y vencereis; ¿vos no habeis dado el consejo? seguidle.

Paulita se despidió á poco, y Julia se encerró en su aposento: aquellas dos almas desgraciadas procuraban ayudarse y sostenerse la una á la otra, y cada una sentia la muerte y procuraba dar su vida.

Don Justo y la señora Magdalena comenzaron á hacer los arreglos del matrimonio.

Pedro Juan veia todo aquello con malos ojos, pero procuraba mostrarse indiferente, y aun aparentando que nada comprendia de lo que pasaba en la casa.

Los deseos de Julia fueron obsequiados; nada se le consultó, y se dispuso de ella y de su suerte como si ella no tuviera voluntad propia.